

Tan épica como *Juego de Tronos*,
tan adictiva como *El nombre del viento*

- THE CRAFT EL SEQUENCE -

ASCENSO DE LAS DOS SERPIENTES

MAX GLADSTONE

MAX GLADSTONE

EL ASCENSO DE LAS DOS SERPIENTES

Traducción de Alejandro Romero

Título original: *Two Serpents Rise*

© Max Gladstone, 2013

Publicado por primera vez por Tor Books

Derechos de traducción contratados por DBA D4EO Literary Agency
y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

Todos los derechos reservados

© por la traducción, Alejandro Romero, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Primera edición: junio de 2019

ISBN: 978-84-08-21058-0

Depósito legal: B. 10.887-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotapapel

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La diosa se inclinó sobre la mesa de las cartas y susurró: «Ve con todo».

Flotaba frente a Caleb, turbia y diáfana, y luego fría y clara como las estrellas del desierto. Su cuerpo crecía bajo prendas de niebla como un acantilado donde los barcos se rompían en pedazos.

Caleb se obligó a apartar la mirada, pero no podía ignorar su aroma ni los susurros de su aliento. Encontró su whisky a tientas y bebió.

Las cartas que se hallaban sobre la mesa de fieltro verde eran damas nocturnas: traicioneras y dulces. Había dos majestades boca abajo en su mano: su reina de copas (rubia, voluptuosa, vertiendo sangre y agua de un cáliz) y su reina de espadas (una mujer quechal imponente con un rostro amplio de ojos grandes, que sostenía del pelo una cabeza cercenada). No tenía que mirar para reconocerlas. Eran sus viejas amigas y enemigas.

Sus oponentes lo observaban: un rollizo hombre quechal, cuyo cuello estaba tenso, apretado por su corbata de cordón; un hechicero de piel carcomida; una mujer vestida de negro con el rostro áspero; una criatura imponente

de cuatro brazos, cubierta de espinas plateadas. ¿Cuánto tiempo habían esperado?

«Unos cuantos segundos —pensó él—, sólo algunos latidos. No dejes que te presionen.

»Pero tampoco pierdas el tiempo.»

La diosa acarició los recovecos internos de su mente. «Con todo», repitió sonriendo.

«Lo siento», pensó él, y deslizó tres fichas azules hasta el centro de la mesa.

La vida se desvaneció de su cuerpo, así como la dicha y la esperanza. Una parte de su alma fluía hacia el juego, hacia la diosa. Miraba el mundo a través de sus ojos, donde la energía y la forma florecían sólo para marchitarse de nuevo.

—Subo la apuesta —dijo.

La diosa se burló de él con una sonrisa y dirigió la atención al siguiente jugador.

Había cinco cartas boca arriba frente al crupier. Otra reina, la de bastos, saludaba al sol naciente en la silueta del cielo; una gran dama, más grande aún que sus reinas. A su derecha se encontraba el rey de espadas: un espectro sombrío, de pie, con un cuchillo en la mano, situado al lado de un niño que lloraba y forcejeaba atado a un altar. Las otras cartas mostraban figuras menos dramáticas: el ocho y el tres de bastos, y el cuatro de oros.

Tres reinas eran una buena mano, pero cualquiera con dos bastos podría tener color y ganarle.

—Igualo la apuesta —anunció el hombre con la corbata de bolo.

—Yo también —repuso el hechicero de piel putrefacta.

—Igualo tu apuesta —añadió la mujer— y pongo dos

mil más. —Empujó veinte fichas azules al centro. La diosa dio varias vueltas, como un tornado, llamándolos a todos a la muerte.

—Paso —dijo la criatura de espinas.

La diosa se volvió de nuevo hacia Caleb.

¿Podría ser que la mujer de negro tuviera color o los estaba engañando? Un farol sería demasiado atrevido frente a otros tres jugadores que también podrían tener color entre las manos, pero la única apuesta de esta ronda había sido la de Caleb. ¿Se arriesgaría tanto sólo por la posibilidad de que los tres jugadores pasaran?

Si aceptaban su apuesta, perdería toda su reserva. Tendría que entregarse por completo al juego, sin contenerse.

La diosa abrió la boca. La oscuridad de su interior bostezó vorazmente, mostrando las puntas de sus dientes, que destellaban perfectos.

—Puedes ganar el mundo —dijo ella— si estás dispuesto a perder tu alma.

Él la miró a los ojos y soltó:

—Paso.

Ella se rio, y no paró hasta que la mujer ataviada de negro volvió sus cartas para mostrar un rey y un dos de diferentes palos.

Caleb inclinó la cabeza a modo de felicitación y se levantó de la mesa.

Se pidió otra copa y subió por la escalera de mármol hasta el techo de la pirámide. Había dandis, simples aficionados y cadáveres de la alta sociedad agrupados cerca del borde, disfrutando de las vistas nocturnas de Dresediel Lex: una

reluciente ciudad cubierta de pirámides, rascacielos que flotaban como cimitarras de cristal y con el incesante movimiento del Pax contra la orilla occidental. Un techo de nubes bajas confrontaba la ciudad con su propia luz reflejada.

A Caleb no le interesaba el paisaje.

Un altar tallado en piedra negra se alzaba en el centro del tejado, lo suficientemente grande como para sostener a un hombre, a una mujer o a un niño reclinados. Había una cerca de acero alrededor del altar y de ella colgaba una placa de bronce grabada con los nombres de las víctimas y las fechas de su fallecimiento.

Él no leyó la placa. Ya sabía demasiado sobre su historia. Se apoyó en la baranda y observó el antiguo altar mientras la condensación se escurría por el vaso de whisky y le mojaba la mano.

Teo lo encontró veinte minutos después.

Oyó cómo se acercaba desde la escalera y reconoció sus pasos.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo ella— desde que te vi marcharte de una partida con tanta rapidez. Creo que fue cuando estábamos en la escuela.

—Estaba aburrido.

Con sus modestos tacones, Teo tenía la misma altura que Caleb, pero era más ancha, como construida a base de curvas y arcos. Sus labios eran gruesos y sus ojos oscuros. Unos rizos negros enmarcaban su cara redonda. Llevaba pantalones blancos con rayas grises, un chaleco blanco, una camisa de color rubí, una corbata gris y tenía una expresión preocupada en el rostro. A sus manos les faltaba una bebida.

Ella se acercó a la baranda.

—No estabas aburrido. —Le dio la espalda al altar y dirigió la mirada al este, hacia las deslumbrantes villas en la cima de la cresta de Drakspine—. No sé cómo puedes pasar tanto tiempo observando esa vieja piedra.

—No sé cómo tú puedes apartar la mirada.

—Es vulgar. Una imitación del arte de mediados de la séptima dinastía, ordinaria y sobrecargada. A su lado, Aquel y Achal se parecen más a orugas que a serpientes. Ni siquiera sacrificaban gente aquí tan a menudo. La mayoría de esos sacrificios ocurrían en nuestra oficina. —Ella señaló la pirámide más alta en el horizonte, el inmenso edificio de obsidiana en el número 667 de Sansilva. El padre de Caleb se hubiese referido al edificio como Quechaltan, el corazón del quechal. En la actualidad, no tenía nombre.

—En este lugar sacrificaban vacas y, de vez en cuando, alguna cabra. A personas sólo cuando había un eclipse.

Caleb echó un vistazo hacia atrás. Dresediel Lex se extendía ante ellos: kilómetros y kilómetros de calles iluminadas por una luz fantasmal y por lámparas de gas. Entre los bulevares se apiñaban casas, tiendas, bloques de apartamentos, bares, bancos, teatros, fábricas y restaurantes, donde diecisiete millones de personas bebían y amaban y bailaban y trabajaban... y también morían. Caleb apartó la mirada y añadió:

—Tenemos un eclipse cada año, ya sea parcial o lunar. Para un eclipse solar total, como el de este otoño, los sacerdotes solían recorrer las filas de prisioneros y cautivos, todos los que pudieran encontrar, incluyendo a unos cuantos inocentes por si acaso. Sangre y corazones para Aquel y Achal.

—¿Y aun así te preguntas por qué no me gusta mirar? Es vulgar, y prefiero no hablar de la historia, ésa es aún peor. No sé por qué Andrej, el dueño del bar, conserva esta cosa.

—No habrías pensado lo mismo hace setenta años.

—Me gustaría pensar que sí lo hubiera hecho.

—A mí también. Pero tus abuelos y mi padre no nacieron diferentes del resto de nosotros, y aun así pelearon con uñas y dientes para defender a sus dioses en los tiempos de las Guerras.

—Sí, y perdieron.

—Perdieron, nuestro jefe ganó, expulsó a los sacerdotes y a todo el panteón, y ahora nosotros fingimos que esos tres mil años de derramamiento de sangre nunca ocurrieron. Rodeamos la historia con una cerca, colgamos una placa y asumimos que todo terminó. Tratamos de olvidar.

—¿Qué ha sido lo que te ha puesto de tan buen humor?

—Ha sido un día largo. Una semana larga. Un año largo.

—¿Por qué te has rendido en la mesa de juego?

—Tengo que aguantar a la diosa, ¿y ahora debo darte explicaciones a ti también?

—La diosa no te conoce como yo. Ella renace con cada partida. Te he observado jugar desde hace ocho años y nunca te he visto darte por vencido de esa manera.

—Las probabilidades estaban en mi contra.

—Al diablo las probabilidades. Estoy segura de que sabías que la mujer de negro no tenía buenas cartas.

Él se volvió y le dio la espalda al altar. El viento del suroeste llevaba consigo la brisa del mar con un olor a sal y muerte.

—¿No puedes ir a acosar a alguna universitaria recién graduada y dejarme en paz?

—He cambiado. Ya no soy una vieja verde.

—¿De verdad? Lo disimulas muy bien.

—En serio, Caleb, ¿qué pasa?

—Nada —dijo él mientras palpaba sus bolsillos en busca de un cigarrillo. No había ningún paquete, desde luego. Había dejado de fumar años atrás porque, según los médicos, era malo para su salud—. Las probabilidades estaban en mi contra. Quería salir con mi alma intacta.

—No habrías hecho lo mismo hace cuatro años.

—Las cosas cambian mucho en cuatro años.

Cuatro años atrás era el novato administrador de riesgos en Rey de Rojo Consolidado, y estaba recuperándose de una carrera universitaria de cartas y matemáticas avanzadas. Cuatro años atrás salía con Leah. Cuatro años atrás, Teo aún creía estar interesada en los chicos. Cuatro años atrás, él pensaba que la ciudad tenía futuro.

—Sí. —Había una pequeña moneda de cobre a los pies de Teo, con un pedacito del alma de alguien enrollado dentro. Ella pateó la moneda, que rodó por el tejado—. La pregunta es si el cambio ha sido para mejorar.

—Estoy cansado, Teo.

—Claro que estás cansado. Es medianoche y ya no tenemos veintidós años. Ahora baja, discúlpate con todos en la mesa y róbales sus almas.

Él sonrió y sacudió la cabeza; luego, soltando un grito, se desplomó.

Una serie de imágenes invadieron su cerebro: sangre embarrada sobre el hormigón, un camino sinuoso que llevaba a unas montañas profundas, el hedor de algún produc-

to químico de un lago envenenado. Unos dientes destellaban bajo la luz de la luna y le arrancaban la carne del cuerpo.

Caleb despertó y se encontró tendido sobre el suelo de arenisca. Teo estaba inclinada a su lado, con el ceño fruncido y una mano fría sobre la frente.

—¿Estás bien?

—Llamada de la oficina. Dame un segundo.

Ella reconoció los síntomas. Si la nigromancia era un arte y la alquimia una ciencia, entonces la transferencia directa de memoria era como una cirugía con un instrumento contundente: dolorosa y carente de sutileza, tan peligrosa como efectiva.

—¿Por qué te busca tu jefa a medianoche?

—Tengo que irme.

—Al demonio con ella. Hasta las nueve de mañana el mundo es responsabilidad de otro.

Él aceptó su mano tendida y se puso en pie.

—Hay un problema en Espejo Brillante.

—¿Qué clase de problema?

—Un problema con dientes.

Teo cerró la boca, retrocedió y esperó.

Cuando Caleb pudo confiar de nuevo en sus pies, se tambaleó hasta la escalera. Teo lo alcanzó en el hueco de la escalera.

—Iré contigo.

—Quédate aquí. Diviértete. Al menos uno de los dos debería hacerlo.

—Necesitas a alguien que te cuide. Y, de todas formas, no me estaba divirtiendo.

Se sentía demasiado cansado para discutir mientras ella lo seguía por la escalera.